Cartas a María Magdalena

Con Voz de Apóstolas

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA FEMINISTA

SEVILLA - 1982

CORREOS

2,00 PTS.

MEXICO

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA FEMINISTA

CORREO POSTAL · OFICINA POSTAL

ESPERANZA Y MEMORIA

CAMINAMOS JUNTAS

Síguenos en redes

Cátedra de Teología Feminista - Ibero

@catedrateologiafeminista

@CatedraTeologia

Cátedra de Teología Feminista

Página web:
www.catedrateologiafeministaibero.org.mx

Correo:
catedrateologia.feminista@ibero.mx

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA FEMINISTA

FE • JUSTICIA • VIDA
COMUNIDAD • DIÁLOGO
TRANSFORMACIÓN

Índice

Introducción 5-7

Primer apartado: 12 Cartas a María Magdalena — Con Voz de Apóstolas 8

Carta 1 ¿Quién cuenta la historia de las mujeres? 9-10
Karina de la Rosa Morales

Carta 2 ¿Por qué nos resulta más fácil recordar a una pecadora que a una discípula? 11-12
Gabriela Miranda

Carta 3 ¿Qué significa seguir a Jesús siendo mujer? 13-14
Rosa Margarita Mayoral

Carta 4 ¿Quiénes permanecen cuando todo parece perdido? 15-17
Dania Alejandra Velázquez

Carta 5 ¿Por qué las mujeres siguen teniendo que demostrar su autoridad espiritual? 18-20
Isabel Huerta

Carta 6 ¿Qué voces siguen siendo ignoradas en nuestras iglesias? 21-23
Ana Lilia Salazar

Carta 7 ¿Puede haber comunidad sin igualdad? 24-25
Diana Verdugo

Carta 8 ¿Cuántas mujeres han sido borradas de nuestra memoria religiosa? 26-27
Diana Sánchez

Carta 9 ¿Qué relación existe entre espiritualidad y justicia? 28-30
Patricia Moreno

Carta 10 ¿Cómo transformar el dolor en esperanza? 31-32
Mireia Vidal i Quintero

Carta 11 ¿Qué nos diría María Magdalena sobre las mujeres de hoy? **María de la Luz Ortiz Martínez** 33-34

Carta 12 ¿Qué significa anunciar la Resurrección en el siglo XXI? **Lucila Servitje Montull** 35-40

Segundo apartado: Cartas personales y colectiva 41

Carta personal 1 María Magdalena. Soy Martha Eugenia, seguidora del Rabboni al igual que tú **-Martha Eugenia, "Mujer Mariposa"** 42-44

Carta personal 2 Amada María Magdalena **-Juan Peña López** 45-47

Carta colectiva Querida María Magdalena: Hoy queremos escribirte con muchas voces, pero desde un mismo corazón **-Voces participantes de la carta colectiva** 48-52

Introducción

Con motivo de la fiesta de María Magdalena, figura fundamental para la teología feminista y para la recuperación de la memoria, la autoridad y el discipulado de las mujeres en la tradición cristiana, la Cátedra de Teología Feminista diseñó la campaña temática «Cartas a María Magdalena: Con Voz de Apóstolas». Esta iniciativa nació con el propósito de conmemorar su vida y su testimonio, así como de volver a escuchar, desde nuestro presente, la fuerza de aquella mujer que permaneció junto a Jesús, fue testigo de la Resurrección y recibió la misión de anunciarla.

La publicación se encuentra organizada en dos apartados distintos, pero profundamente relacionados. El primero reúne las doce cartas que formaron parte de la campaña temática, elaboradas a partir de doce preguntas dirigidas a María Magdalena o planteadas desde su propia voz. Estas preguntas permiten reflexionar sobre la memoria de las mujeres, su autoridad espiritual, su participación en las comunidades, la igualdad, la justicia, el dolor, la esperanza y los desafíos que todavía enfrentan dentro de las Iglesias.

La elección de doce cartas posee un profundo significado bíblico y apostólico. El número doce remite a las tribus de Israel, a la comunidad apostólica y a la imagen de un pueblo convocado para caminar, anunciar y dar testimonio. Al recuperar este símbolo desde las voces de las mujeres, la campaña reconoce que ellas también han sido y continúan siendo discípulas, testigos, apóstolas, pensadoras, cuidadoras y anunciadoras de la Buena Noticia.

El segundo apartado está integrado por cartas personales y una carta colectiva, escritas por diferentes autoras. Estos textos no surgieron necesariamente de las preguntas que orientaron la campaña de las doce cartas, sino de experiencias más libres, íntimas y comunitarias de encuentro con María Magdalena. Algunas autoras le escriben desde sus historias de vida, sus procesos de fe, sus heridas, sus preguntas, sus agradecimientos y sus esperanzas. La carta colectiva, por su parte, reúne múltiples voces y testimonios que expresan lo que María Magdalena representa para diversas mujeres y comunidades en el presente.

Aunque estas cartas personales y colectivas tienen un origen y una estructura diferentes a las doce cartas temáticas, al reconocer el valor de sus aportaciones, la profundidad de sus reflexiones y la riqueza de sus voces, consideramos importante reunirlas en esta publicación. De esta manera, el documento conserva tanto el recorrido organizado de la campaña como las expresiones espontáneas que surgieron alrededor de ella.

En ambos apartados encontramos una pluralidad de autoras, trayectorias, sensibilidades y formas de comprender a María Magdalena. Algunas cartas se dirigen directamente a ella como hermana, amiga, maestra, confidente o compañera de camino; otras imaginan su voz para responder a las mujeres de hoy. Cada texto nace de una experiencia particular, pero, al encontrarse con los demás, se convierte también en parte de una memoria compartida.

Así, las voces personales no quedan aisladas, sino que dialogan con las preocupaciones colectivas de las mujeres que sostienen las comunidades, acompañan a quienes sufren, defienden la dignidad, denuncian las injusticias y continúan buscando espacios de participación plena dentro de las Iglesias. Lo íntimo y lo comunitario se entrelazan: la experiencia de una mujer puede nombrar la historia de muchas, mientras que la palabra colectiva reconoce y acompaña las vivencias particulares.

A lo largo de estas páginas se plantean interrogantes sobre quién cuenta la historia de las mujeres, por qué sus voces continúan siendo ignoradas, qué significa ejercer autoridad espiritual, cómo construir comunidades verdaderamente igualitarias y de qué manera el dolor puede abrirse a la esperanza. Las cartas denuncian los silencios históricos, las interpretaciones patriarcales y las estructuras que han limitado la participación de las mujeres; al mismo tiempo, celebran su capacidad de permanecer, cuidar, enseñar, organizar, resistir y anunciar vida.

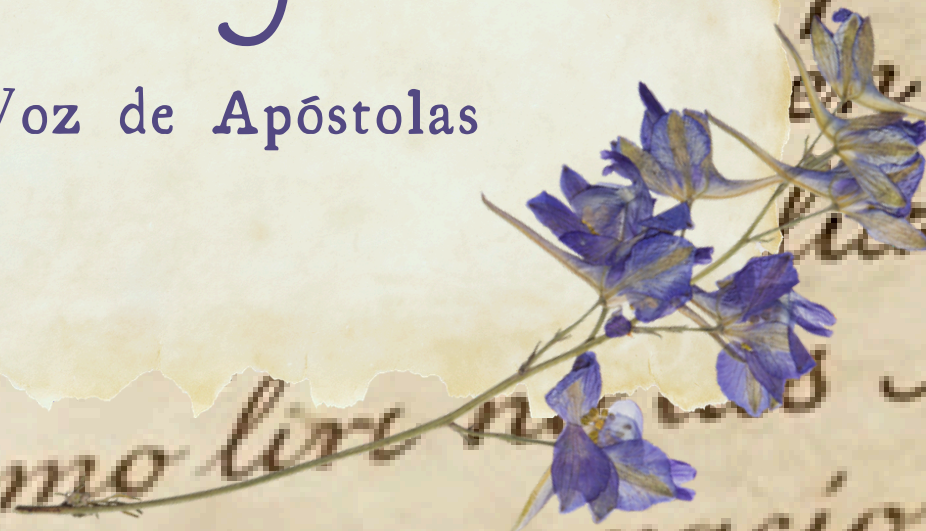
«Con Voz de Apóstolas» expresa precisamente esta intención: reconocer el derecho de las mujeres a nombrar su experiencia de Dios, interpretar la tradición, comunicar la esperanza y participar plenamente en la construcción de las comunidades. Estas cartas constituyen un homenaje a María Magdalena y, al mismo tiempo, una afirmación de todas las mujeres que continúan tomando la palabra para anunciar justicia, dignidad, ternura y resurrección.

Que la lectura de esta publicación nos permita acercarnos nuevamente a María de Magdala, no como una figura distante o reducida por interpretaciones posteriores, sino como hermana de camino, discípula fiel, apóstola de los apóstoles y memoria viva de una Iglesia llamada a escuchar la diversidad de voces personales, comunitarias y colectivas de las mujeres.

Cátedra de Teología Feminista

12 Cartas a María Magdalena

Con Voz de Apóstolas



Carta 1

Querida María Magdalena:

Comparto contigo este interrogante que tengo:

¿Quién cuenta la historia de las mujeres?

Después de tu anuncio a los Apóstoles de la experiencia de Resurrección, el relato lo recogen los cuatro evangelios y en otros textos. Atribuidos a varones, me imaginó que en tu tiempo las mujeres tenían pocas posibilidades de escribir.

Después de XX siglos después hemos avanzado, pero aun tenemos tarea por realizar, en diversas partes del mundo se han hecho esfuerzos por recuperar las historias de mujeres o comunidades que han aportado al mundo algún conocimiento o experiencia que permita ver y descubrir que las mujeres tienen capacidades de escritura, en las artes, en la vida publica y colectiva de las comunidades.

A nivel espiritual seguimos en la búsqueda de la fuente que nutra y de fuerza a la vida
Como a las defensoras de los territorios geográficos y corporales.

Como a las madres y familiares en búsqueda de sus familiares, que regresan al punto donde fueron vistos por última vez sus familiares y se preguntan como tú ¿si se lo han llevado díganme dónde? ¿dónde están?

Como las madres que buscan justicia para ellas y sus hijos con alguna discapacidad, al ser abandonadas por sus parejas, familia y sociedad.

Carta 1

Como las mujeres que narran, la fuerza, la luz encontrada la de ellas mismas o en colectivo, y no se san de anunciar que Jesús ha Resucitado. Dando fe de que la Divinidad también se revela en sus cuerpos rotos, reconstruidos, limitados, desfigurados, salvados, por el testimonio de otra u otras.

El contar las historias de mujeres por otras mujeres nos hace palpar el gozo de la resurrección en donde la muerte y el caos parece haberse instaurado.
Hoy también muchas comunidades de fe siguen dando respuesta a la pregunta ¿qué haz visto de camino, María en la mañana?

A las niñas y mujeres sobrevivientes de la trata de personas, recuperar la dignidad…
A las niñas y mujeres sobrevivientes de todo tipo de violencia recuperar la alegría, la ternura y el sentido a la vida.
A las niñas y mujeres que descubren en ti y en el grupo de mujeres seguidoras de Jesús la tumba abandonada y comparten desde diferentes espacio y realidades el acuerpamiento de la Esperanza.

Hoy somos testigos de otras formas de escribir la historia y vida de las mujeres, Queremos sentir esa mirada, escuchar esa voz y sentir ese cuerpo trasformado que lo renueva todo que pronuncia nuestro nombre y nos envía y confía en nuestra voz.
Ese llamado a la vida desde el amor, la alegría y la ternura Gracias María de Magdala por que hoy muchos grupos de fe se inspiran en ti y en tu testimonio.

Karina de la Rosa Morales

Carta 2

De María la Magdalena:

Nunca viví en una gruta como la que el relato patriarcal divulga. No me convertí en casi un animal, no me salieron garras, ni se cubrió mi cuerpo de pelaje. Nunca tuve una vida contemplativa y ascética que purgara mis pecados. No hice una penitencia de treinta años, sin probar comida para alcanzar la purificación, porque no había deuda que saldar. Yo caminé, divulgué la Buena Nueva, hablé, amé y conté. Si escribí o no escribí un Evangelio, qué más da, la oralidad es la memoria de las mujeres, de los pueblos, de las artesanas o de las curanderas.

Yo estuve en las casas y en las comunidades que hicieron vivo ese Evangelio, nos cuidamos y compartimos el pan, la mesa, los nuevos milagros de la multiplicación. Quedarán mis memorias en piedra, de lo que vi, de lo que escuché, de mis pasos y palabras. No será una tradición misógina la que me silencie.

Al caminar yo, llevando la Buena Nueva, me hice apóstola, no sólo discíplula, yo también publiqué, organicé y enseñé a otras personas. Transformamos las casas, los caminos y las entradas a las ciudades en comunidades de memoria y reunión, de aprendizaje y de esperanza.

Y aún, si hubiera vivido en aquella falsa gruta, estaría escrito en sus paredes, todo lo que vi, lo que hice, lo que aprendí y lo que enseñé. Y aunque mi demonio hubiera sido la prostitución, aún así, yo sería lo que soy: María, la de Magdala, María la discípula, María la apóstola, la que estuvo al pie de la cruz, la que llegó al sepulcro temprano, el nombre de mujer que quedó en el Canon.

Carta 2

No hay modo de que mi apostolado quede en el olvido, no hay pinturas misóginas que me condenen, no hay falsos relatos que tuerzan mi historia. Yo estuve, como todas las mujeres, sirviendo, lavando, enseñando, riendo, alimentando a otros, pero también caminado con el Mesías, como su mensajera, como su igual, como su amiga, y eso, es lo que no me perdonan.

En un mundo de hombres de guantes blancos, mi historia siempre manchará, lo inalterable de sus registros.

Gabriela Miranda

Carta 3

Querida María:

Te saludo con alegría y cariño. Me atrevo a decirte hermana, amiga, compañera de camino, porque te siento cercana, viviendo las alegrías, los desafíos y las búsquedas espirituales de nuestro tiempo.

Sin duda, las mujeres de hoy vivimos muchas situaciones que tú viviste, de otro modo y en otro contexto; pero, dada la situación actual de la mujer en las Iglesias, es difícil pensar en un cambio a corto e incluso a largo plazo.

Te cuento que la activa participación de la mujer en la vida de las Iglesias ocurre desde la época que viviste, y es por todos reconocida la labor femenina en la expansión del cristianismo y en la implantación de las Iglesias primitivas en el mundo antiguo. Sin embargo, al ser marginadas las mujeres del trabajo apostólico, esta historia es ocultada o considerada marginal, anecdótica, al lado de la considerada verdadera historia de las Iglesias: la eclesiástica.

Una historia que justifica y fortalece los preconceptos patriarcales y excluyentes. Paradójicamente, y pese a ello, en las huellas de la historia se pueden encontrar mujeres que han sido las precursoras de importantes cambios en la vida de las Iglesias y de la sociedad, aunque existe un ocultamiento de esa presencia.

Ha sido un camino sinuoso, lleno de baches, y aunque somos mayoría las que participamos y nos comprometemos incondicionalmente, seguimos siendo "menores de edad" y seguimos cuestionándonos cuál es nuestro papel, lo cual supone traspasar barreras y atrevernos a pensar de otra manera.

Y ¿qué crees, María? Creo que es bueno soñar con que el futuro puede ser diferente, pues soñar es una manera de alentar el deseo y este tiene una gran fuerza transformadora.

Carta 3

Soñar es el primer paso para cambiar la realidad, es una manera de hacer verdad las utopías. Soñar y… empujar la historia en la dirección de lo soñado.
Quizá tú soñaste: ¿cómo sería si te atrevías a seguir a Jesús?

Seguir a Jesús hoy, como mujeres, tiene consecuencias, sobre todo si queremos hacer la diferencia. Soñamos una comunidad eclesial fiel a Jesús de Nazaret. Él hizo verdad una comunidad de iguales, sin exclusión alguna; no estructuró su grupo de seguidores y seguidoras desde el orden patriarcal dominante, sino como una familia de iguales, sin relaciones de poder. Eso queremos hacer vida.

Gracias, María, porque te atreviste a ser diferente, a seguir a Jesús siendo mujer. Sigue animando nuestro caminar, acompañando nuestras luchas. Sigues siendo para nosotras un modelo en el seguimiento de Jesús, abriendo caminos, hasta hacer posible aquí y ahora los cielos nuevos y la tierra nueva, donde las fronteras del Espíritu se ensanchan hasta los horizontes inclusivos del Reino de Dios.

Un abrazo

Rosa Margarita Mayoral

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA FEMINISTA
MÉXICO

Carta 4

María:

Te saludo hermana y deseo que la Ruah Divina acompañe tu vida y tu apostolado, así como a tu comunidad.

He leído tu carta con entusiasmo e interés, frente a las buenas nuevas de resurrección e inclusión que se han dado en la pequeñez, así como el revuelo que algunas comunidades y personas concretas van haciendo en la historia de sus hermanos, hermanas y hermanes (como tú dices), así como en el tiempo de esta humanidad tan dolida y necesitada aún del mensaje de Liberación.
Entiendo sus preocupaciones frente a tiempos de desesperanza y confusión por quienes pretenden retroceder el camino andado al lado de nuestro querido Maestro y hermano Jesús; por quienes tergiversan su mensaje y quieren borrar la voz, el liderazgo y la fuerza testimonial de las mujeres y comunidades mal llamadas minoritarias, distintas y diversas.

Te recuerdo que nosotras, aunque en nuestro tiempo fuimos invisibilizadas, acalladas y asesinadas; recibimos de Jesú la mirada amorosa, el perdón que sanó e impulsó nuestras vidas, y la dignidad de hijas de Dios; nombradas discípulas, apóstolas, diaconisas... Con la misión de llevar el anuncio de su Buena Nueva de su Resurrección y de su promesa de salvadora a las demás personas (recuerda que fuimos las primeras en recibir ese mandato).

Creo que todo eso lo recibimos porque supimos permanecer en su Amor a pesar de los miedos y las dudas, a pesar de que sabíamos que algunos no nos creerían y que seríamos acalladas; porque permanecimos aún en la oscuridad y en las noches confiando en que vendría el amanecer prometido, confiando en su amor incondicional y en el cumplimiento de su Palabra de justicia, equidad y misericordia.

Carta 4

Y permanecimos porque experimentamos primero su presencia incondicional, porque fue Él y su divina Ruah quien primero permaneció con nosotras, aunque todo pareciera perdido, y nadie estuviera de nuestro lado o creyeran en nosotras.

Experimentamos su presencia inamovible y amorosa en cada enseñanza y signo que nos compartía, cada vez que nos recordaba que al centro van las y los pequeños, que nos alentaba a seguir compartiendo lo poco que tenemos, cada vez que ponía en su lugar a quienes maltrataban y humillaban, o que dejaba al descubierto las inmundicias de las estructuras y personas de poder corrupto, esclavizante y deshumanizador.

En la Cruz, en su muerte, y en el silencio del sepulcro vacío; fue su Espíritu que nos sostuvo, permaneciendo en nuestros corazones como una luz y esperanza que nuestra fe fue capaz de reconocer en medio de la tristeza y el dolor, de la desesperanza y el miedo.
Fue nuevo encuentro con nuestro Rabbuní que terminó de despertarme y sostenerme; el oírle nombrarme, reconocerme y contar conmigo para su proyecto de misión, fue un nuevo y determinante impulso para lo que vendría después…
Así que, no pierdas la fe, no nubles tu mente ni dejen enfriar el corazón, ábrete a la Ruah Divina y tatúa en tu corazón las palabras sanadoras, el envío empoderador, y la misión amorosa que te ha dado.

Te lo digo a ti y te pido lo comuniques a tus hermanas/os/es: que se atrevan a hacer un silencio profundo para ser capaz de escuchar su nombre; se armen de fe y valor para abrazar el envío misionero; se dispongan al encuentro en la diversidad y la acogida misericordiosa de las personas vulnerables y que sufren injusticias; y que salgan al encuentro de la vida, aunque esté oscuro y frío, aunque sientan el vacío y el sin sentido impuesto por otras personas o por ustedes mismas/os con la certeza que les hemos transmitido de que la Vida es ya, y sale a nuestro encuentro para que permanezcamos y demos fruto en abundancia.

Carta 4

Finalmente pido, que, frente a las experiencias de cruz, muerte y vacío, no desesperen; que sigan creyendo en ustedes mismas y entre ustedes; y que confíen el Jesús, el Maestro, y su Divina Ruah, que sigue impulsando nuestros ministerios y entregas sencillas y desgarradoras.

Lo he visto y me ha dicho estas cosas para que les dé nueva esperanza. Lo he visto y he compartido con él tanto, que mi palabra es fuerte y valiente, mi actuar es constante y apasionado, desde la consciencia de mi pequeñez sostenida en Él. Deseo para ustedes lo mismo.

La paz.
Sororalmente.

Dania Alejandra Velázquez

Carta 5

Para todas mis hermanas...

A quienes aún hacen estas preguntas:

Me preguntan por qué las mujeres siguen teniendo que demostrar su autoridad espiritual. Yo también me lo pregunté cuando, al amanecer, corrí desde el sepulcro con el corazón encendido y la noticia más grande que el mundo había escuchado. Había visto al Resucitado. Había escuchado mi nombre pronunciado con amor.
Sin embargo, mi palabra no fue suficiente. Dudaron de mí. No porque el mensaje fuera falso, sino porque provenía de una mujer.

Han pasado siglos y, por lo que veo, todavía muchas de ustedes caminan con esa misma carga. Se les pide probar una y otra vez que son capaces de anunciar la Buena Noticia, de enseñar, de interpretar, de acompañar, de servir. Como si el Espíritu necesitara permiso de quienes creen poder administrarlo.
También me preguntan por qué resulta más fácil recordar a una pecadora que a una discípula.

Porque durante mucho tiempo fue más cómodo convertir mi historia en una advertencia que reconocerme como testigo.

Fue más fácil hablar de un pecado que nunca narran los Evangelios que aceptar que una mujer recibió la primera misión de anunciar la Resurrección. Cuando una mujer habla con autoridad, muchas veces se busca una sombra que la haga más pequeña.

Así se protege un orden que teme compartir la palabra y el poder.

Carta 5

Han pasado siglos y, por lo que veo, todavía muchas de ustedes caminan con esa misma carga. Se les pide probar una y otra vez que son capaces de anunciar la Buena Noticia, de enseñar, de interpretar, de acompañar, de servir. Como si el Espíritu necesitara permiso de quienes creen poder administrarlo.

También me preguntan por qué resulta más fácil recordar a una pecadora que a una discípula.

Porque durante mucho tiempo fue más cómodo convertir mi historia en una advertencia que reconocerme como testigo.

Fue más fácil hablar de un pecado que nunca narran los Evangelios que aceptar que una mujer recibió la primera misión de anunciar la Resurrección.
Cuando una mujer habla con autoridad, muchas veces se busca una sombra que la haga más pequeña.

Así se protege un orden que teme compartir la palabra y el poder.Pero la verdad tiene una fuerza silenciosa. Puede ser cubierta durante un tiempo, pero nunca desaparece.

Yo no fui enviada por ser perfecta. Fui enviada porque permanecí. Porque no huí cuando todo parecía perdido. Porque el amor fue más fuerte que el miedo. Porque estuve allí cuando otros ya no esperaban nada.
Esa fue mi autoridad: la fidelidad, no el privilegio; el encuentro con el Resucitado, no un título otorgado por los hombres.

Por eso, hermanas, no gasten la vida intentando convencer a quienes han decidido no escuchar. Su autoridad no nace de la aprobación ajena, sino de la experiencia viva de Dios en ustedes. Nadie puede borrar el llamado que el Espíritu ha sembrado en su corazón.

Carta 5

Y cuando intenten reducirlas al silencio, recuerden esto: la primera proclamación de la Pascua fue confiada a una mujer. No fue un accidente. Fue una promesa.

Sigan anunciando. Sigan preguntando. Sigan creyendo. Cada vez que una mujer toma la palabra para hablar de justicia, de compasión y de esperanza, mi voz vuelve a resonar con la suya.

Porque la memoria puede ser manipulada por un tiempo, pero la verdad siempre encuentra quién la pronuncie.

Con la esperanza de la mañana de Pascua

María la de Magdala

Isabel Huerta.

Carta 6

Querida María

Te escribo desde este tiempo herido y luminoso, desde iglesias donde todavía se pronuncia tu nombre con reverencia, pero no siempre con la profundidad que merece tu testimonio. Los evangelios te recuerdan como discípula de Jesús, presente en la crucifixión y primera testigo del anuncio pascual, una memoria que la tradición cristiana ha conservado con fuerza aunque muchas veces no haya dejado que esa fuerza transforme plenamente la vida eclesial.

Hoy quiero contarte que muchas mujeres siguen caminando con fe, aun cuando sus voces continúan siendo puestas en segundo plano. Están las mujeres que sostienen la comunidad con trabajo invisible: preparan alimentos, acompañan enfermos, cuidan a las niñas y niños, limpian espacios, organizan celebraciones y mantienen viva la red cotidiana de afecto. Sin embargo, con frecuencia no son ellas quienes interpretan la palabra, definen la doctrina o participan en las decisiones que afectan a toda la comunidad.

También siguen siendo ignoradas las voces de quienes viven la fe desde los márgenes: mujeres pobres, indígenas, afrodescendientes, migrantes, madres criando solas, cuidadoras exhaustas y sobrevivientes de violencia. Sus vidas traen una sabiduría nacida del dolor, de la resistencia y de la esperanza concreta, pero muchas veces sus historias no son escuchadas como lugar teológico, sino tratadas apenas como problemas sociales que deben atenderse sin alterar el orden de la institución.

Quedan en silencio, además, muchas mujeres que buscan a Dios con pensamiento crítico, con estudio bíblico, con preguntas profundas sobre justicia, cuerpo, deseo, libertad y dignidad. Cuando una mujer interroga interpretaciones injustas o denuncia prácticas patriarcales, no pocas veces se la considera incómoda, divisiva o poco obediente. Así, la comunidad pierde no sólo una voz, sino una posibilidad de conversión espiritual.

Carta 6

Tu figura, María, ha sido objeto de interpretaciones contradictorias durante siglos. Diversos estudios muestran que tu memoria fue exaltada como testigo principal y, al mismo tiempo, distorsionada por lecturas que te asociaron indebidamente con figuras de pecado sexual que los evangelios no identifican contigo de manera explícita. Esa tensión revela algo doloroso y actual: cuando una mujer tiene autoridad espiritual, con frecuencia se intenta reducirla, domesticarla o volverla aceptable mediante relatos que debilitan su palabra.

Por eso tu nombre sigue siendo necesario. Tu presencia al pie de la cruz nos recuerda la fidelidad cuando otros huyen. Tu llanto en el huerto nos enseña que la búsqueda amorosa también es una forma de fe. Y tu envío como anunciadora de la resurrección testimonia que el centro del mensaje cristiano fue confiado, en uno de sus momentos decisivos, a una mujer discípula.

Hoy muchas creyentes continúan anunciando vida en medio de estructuras que no siempre reconocen su autoridad. Lo hacen en comunidades de base, en acompañamientos terapéuticos y pastorales, en espacios de oración, en grupos de lectura bíblica, en refugios, en aulas, en cocinas comunitarias y en movimientos de defensa de la dignidad humana. Allí donde la institución no alcanza o no escucha, muchas mujeres siguen encarnando una fe que cuida, denuncia, consuela y organiza.

También quiero decirte que no todo es silencio. En muchos lugares han surgido lecturas feministas de la Biblia y de la tradición cristiana que buscan recuperar tu voz y la de otras mujeres disipadas por siglos de interpretación patriarcal. Estas corrientes no intentan romper la fe, sino abrirla a una verdad más honda: que el Evangelio pierde parte de su fuerza cuando excluye la experiencia de las mujeres y de otras personas históricamente marginadas.

Carta 6

Si hoy pudieras hablar en nuestras iglesias, tal vez preguntarías por qué se escucha tanto a quienes administran el poder y tan poco a quienes sostienen la vida. Tal vez recordarías que la resurrección no comenzó como decreto de una autoridad, sino como anuncio tembloroso recibido y transmitido por una mujer. Tal vez nos invitarías a reconocer que una iglesia que no escucha a las mujeres se aleja del gesto mismo con el que fue comunicada la Pascua.

Por eso esta carta es también una promesa. Seguir nombrando a las ignoradas. Seguir abriendo espacios donde las mujeres puedan hablar con su propia voz y no sólo repetir la voz de otros. Seguir defendiendo una espiritualidad en la que el cuerpo, la memoria, el dolor, la ternura, la justicia y la esperanza tengan lugar legítimo.

Recibe, María Magdalena, esta palabra escrita desde el presente. Que tu memoria acompañe a quienes todavía son interrumpidas, desacreditadas o invisibilizadas en nuestras iglesias. Y que tu testimonio de discípula, testigo y anunciadora siga despertando comunidades capaces de escuchar con humildad aquello que por siglos fue silenciado.

Amén

Siempre admirándote,

Ana Lilia Salazar

Carta 7

Querida María Magdalena:

Hoy desde el siglo XXI, te escribo como una de las mujeres que lucha por que se nos valore, desde nuestra dignidad desde el lugar teológico y con iniciativas de vida. Han pasado siglos desde que fuiste la primera en anunciar la resurrección, pero tu testimonio sigue iluminando la vida de quienes buscan un lugar donde su dignidad sea reconocida y su palabra escuchada.

Los tiempos, en algunas dinámicas no cambian, nosotras las mujeres, siguiendo tu ejemplo, lo hacemos con una lucha diaria y poniendo límites para que se respeten nuestras decisiones. Nosotras las mujeres celebramos la posibilidad de estudiar, trabajar, participar en la vida pública, liderar comunidades y aportar con nuestros talentos a la construcción de una sociedad más justa y de la vida en comunidad. Nos llena de alegría descubrir que nuestras capacidades son valoradas y que, poco a poco, se abren espacios donde antes solo había silencio.

A pesar de los avances que hemos logrado, seguimos enfrentando profundas desigualdades: en el trabajo, dentro de la familia y en la sociedad en general.

Allí es donde nos surge la pregunta: ¿Podemos lograr la igualdad sin comunidad?

¿Esta pregunta se me viene a la mente cuando recordamos lo importante que es vivir en comunidad, será que es auténtico sin la igualdad en todos nuestros aspectos de la vida? Pienso que cuando tomamos decisiones, no lo debemos hacer solo por nosotras sino por cada mujer que, en el mundo, no importando la cultura, tiene que enfrentar profundos sufrimientos.

Carta 7

Como tú, muchas mujeres han aprendido a resistir. Resisten educando a sus hijos en medio de la adversidad, acompañando a quienes sufren, defendiendo la vida, promoviendo la justicia y sosteniendo la esperanza cuando el desaliento parece imponerse. Tu fortaleza no nace del poder, sino de la convicción de que Dios sigue actuando en la historia a través de quienes aman, cuidan y sirven con fidelidad.

Que tu valentía nos impulse a seguir construyendo comunidades donde nadie quede al margen y donde la igualdad no sea un ideal lejano, sino una realidad vivida en el servicio, la justicia y la fraternidad.

Diana Verdugo

Carta 8

Carta de María Magdalena

Para encontrar la respuesta a cuántas mujeres han sido borradas de nuestra memoria religiosa, he de decir que esta no se encuentra en la cantidad de nombres, sino en los silencios. En aquellos espacios en blanco que dejó cada mujer cuya voz fue considerada menos importante que la de un hombre, cada una cuya fe fue reducida al servicio, cuyo pensamiento fue confundido con emoción y cuya autoridad fue vista como una amenaza. En cada historia que alguien decidió no escribir porque no parecía digna de ser contada.

Yo tuve nombre y eso me salvó del olvido. Sin embargo, durante siglos también fui borrada, quizá de la forma más sutil, no arrancaron mi nombre de las Escrituras, sino que cambiaron mi historia. Al ser mujer, resultaba más sencillo recordar a una pecadora arrepentida que a la mujer enviada a anunciar la Resurrección.

Para quienes enuncian el mundo, era más cómodo convertirme en símbolo del arrepentimiento que aceptar que el primer anuncio del Evangelio descansó sobre la voz de una mujer. Fue una forma de establecer quién podía hablar con autoridad y quién debía ser únicamente objeto del relato. La historia nos ha enseñado que el poder no solo decide qué se recuerda, sino también desde dónde se recuerda.

Por eso sé que no fui la única. Pienso en todas aquellas mujeres que siguieron a Jesús cuando nadie las invitaba a hacerlo. Las que sostuvieron el camino, las que aprendieron escuchando mientras otros discutían quién era el más importante, las que permanecieron junto a la cruz cuando muchos huyeron, las que prepararon cuerpos, cuidaron enfermos, abrieron sus casas y mantuvieron viva una comunidad que apenas comenzaba.

Carta 8

¿A cuántas de ellas recordamos? ¿De cuántas conocemos el nombre? No creo que hayan sido expulsadas de la historia. Más bien, como mujeres, aprendieron, aprendimos, a habitar los márgenes porque entendimos que el centro ya pertenecía a otros. Sin embargo, fue precisamente en esos márgenes donde Dios siguió revelándose, en donde nadie miraba, en donde una mujer podía sentarse a escuchar como discípula, en donde otra podía discutir con Jesús hasta ensanchar el alcance de su misión, en donde una viuda enseñaba, con apenas dos monedas, que la abundancia nunca ha dependido de la cantidad, en donde una mujer encorvada recuperaba su dignidad un sábado, aun cuando la ley decía que debía esperar. Quizá nunca entendieron que esas historias no eran excepciones, sino parte del corazón mismo del Evangelio.

Por eso me duele menos haber sido olvidada que ver cuántas mujeres siguen creyendo que Dios nunca las llamó a hablar. Les enseñaron que servir era desaparecer, que la humildad consistía en hacerse pequeñas y que el silencio era una virtud. Sin embargo, el Maestro nunca me pidió silencio. Pronunció mi nombre. Y cuando alguien escucha su nombre en boca de Dios, ya no puede permitir que otros escriban su historia.

María Magdalena

Diana Sánchez

Carta 9

Querida María Magdalena:

Te saludo desde el siglo XXI, llena de sed de justicia y de ternura para afrontar nuestra realidad.

Acudo a ti en busca no de respuestas, sino de un corazón dispuesto a escuchar nuestro clamor. Hoy seguimos siendo tratadas como piezas y no como personas dignas. Duele la oscuridad y anhelamos la luz del mundo; como humanidad estamos ciegos de poder, la dominación enfermó nuestros ojos y se han nublado. La rutina nos tiene atadas al sinsentido y, aunque creo que no lo hacemos conscientes, nos estamos acostumbrando: somos víctimas de la crueldad de la injusticia.

Así como tú lo hiciste, quisiera en mi papel de mujer, de adulta, docente, asistente, hermana, tía, amiga, pareja y mamá, aprender a educar de otra manera. Quiero ser valiente y ofrecerles un ejemplo como el tuyo, que ante la adversidad no flaqueó; al contrario, mantuviste tu dignidad pasara lo que pasara. Luchaste contra el imperio y contra el abandono de los tuyos. Hoy estamos casi igual, solo que a veces nos sentimos más solas que antes.

Las mujeres hemos descubierto nuestra voz, pero no hay oídos que nos quieran escuchar cuando denunciamos la injusticia, lo que no está bien, lo que duele; enseguida se cierran los oídos y parece que se nos acaba la voz. Aprendimos a poner límites desde la verdad y con libertad; sin embargo, también nos hemos confundido, también le hemos hecho daño a las personas y a nosotras mismas, creyendo que cualquier cosa que decimos viene de la verdad y no del deseo de herir. No la tenemos fácil, pero ahí la llevamos.

Carta 9

Tenemos miedo, ya sabemos que es parte de nuestra vida. Como antes, como ahora, duele ser mujer y vivir las injusticias, padecerlas; pero es peor crear las oportunidades en las que tenga cabida la injusticia. Aun así sonreímos. Seguimos creyendo en la justicia, en el amor, en la lucha, en la resistencia. Lloramos de dolor y de alegría; gritamos para liberarnos y para resguardar el cuerpo, que se sigue enfermando, que se sigue transformando. Somos fieles a Dios y nos sostenemos con su ternura, que se muestra en cada rostro que se detiene a mirarnos, a escucharnos, a dar una palabra de aliento, un abrazo, o hasta un regaño...

La justicia es una necesidad hoy como ayer. Seguimos ardiendo para enfrentar los dolores y los cambios sociales. Guardamos de tu memoria el fuego que transforma, que libera y da resistencia y ternura. Nos renovamos, nos amamos y nos entregamos de nuevo al amor, sin importar el costo, porque cada día es un nuevo comienzo, una oportunidad de hacerlo diferente. Si ayer lloramos, quizás —y solo quizás— hoy podamos reír juntas, celebrar la vida y tener una segunda oportunidad.

Hoy te pido por las que estamos aquí reunidas y por las que no; por todas las personas que sufren y por las que no, para que tu fuerza nos ayude a enfrentar la injusticia de nuestro tiempo. Que cada vez que alguna de nosotras esté en oración, la deshumanización se detenga en seco; que ese tiempo orante provoque que la desigualdad deje de visitarnos, y que la violencia no encuentre ningún corazón dispuesto a darle posada.

Que tu presencia peregrina nos siga animando a caminar dispuestas a consolar, a escuchar, a mirar, a llorar, a vivir, a disfrutar y a hacer de cada día un festín. Que lo hagamos juntas, que construyamos relaciones en dignidad y que mantengamos la mirada en el presente para llenarlo de oportunidades.

Carta 9

A ti, a quien Jesús le pidió no retenerle, sino atreverse a cambiar de perspectiva, te pido que nos ayudes a escuchar otra vez nuestra propia voz. Danos luz, danos fuerza. Que la injusticia encuentre su límite y que Dios, junto a ti, siga caminando a nuestro lado, como ayer, como hoy, como siempre.

Al ser la primera que anunció la transformación del mundo, hoy también queremos ser testigos de este cambio. Queremos aprender de tu amor revolucionario y de tu dulzura, porque ya entendimos que no se trata de pedir que alguien más lo haga, sino de tomar la decisión de hacer las cosas diferentes. Aunque el mundo pretenda absorbernos, Jesús nos enseñó cómo luchar para que no nos transformemos en monstruos, sino en personas que muestren el rostro amoroso, misericordioso y justo de Dios en la Tierra. Gracias por ser nuestra maestra, amiga y confidente. Gracias por hacernos parte del cambio.

Y como se menciona en la película "Noviembre" de Achero Mañas (2003), con algunos pequeños cambios:

Nosotras queríamos cambiar el mundo y desde luego, no lo conseguimos. Ahora lo que intentamos, es que el mundo no nos cambie a nosotras.

Abrazos infinitos cargados de amor y respeto.

Patricia Moreno

Carta 10

Querida María Magdalena:

¿Cómo transformar el dolor en esperanza?

Esta es la pregunta que mis compañeras de la Cátedra de Teología Feminista me invitan a reflexionar contigo —o con la mujer que me imagino fuiste.

Si me imagino sentada a tu lado, hablando desde donde vienes tú y desde donde vengo yo, lo primero que me surge ante la pregunta es resistencia. Nos preguntamos: ¿es que solo hay un solo camino que transitar entre el dolor y la esperanza, como si una partiera de un punto y llegara a otro, en un movimiento directo y rectilíneo?

Como si esta transformación fuera tan definitiva que no hubiera vuelta atrás. Al pensar contigo esta pregunta, me rebelo ante una respuesta sencilla y conclusiva.

Si pienso en ti y en tu itinerario, entiendo que hay muchas más idas y venidas entre estos dos términos que los que da a entender la direccionalidad de la formulación, pues te imagino allí donde los evangelios te colocan con más notoriedad, que es en la tumba vacía, e imagino este espacio no como sitio geográfico, sino como espacio de generación de sentido.
En el relato más antiguo, en el de Marcos, allí donde apareces como la primera de las miróforas, te acercas con María la madre de Jacobo y la de Salomé, al sepulcro. Vais a ungir el cuerpo de Jesús, como gesto sustitutorio y representativo de lo que debería haber sido una lamentación ritual más amplia, pero de la que Jesús posiblemente fue privado al morir como criminal en la cruz —por eso, vais solas, muy de mañana.

Carta 10

Pero igualmente notable es que encontraréis anuncio de resurrección, pero no veréis, al menos en el relato marcano, a Jesús resucitado.

De hecho, el final más antiguo del evangelio termina con vosotras huyendo tomadas por el pavor y el espanto, lo que muchos y muchas han leído luego como fracaso, pues "no [dijisteis] nada a nadie". Silencio.

Silencio. Este silencio. Que está preñado, que no es fijación de mutismo. Aquí es donde ubico contigo la respuesta a la pregunta, porque este silencio no es absoluto, no es insonoro, no está vacío, sino que da el espacio justo para el acuerpamiento del dolor y, con ello, la posibilidad de futuro, aun cuando permanecerá el dolor, a veces ligado al recuerdo dulce y a veces ligado a lo amargo de la pena, sin que estas dos sean emociones contradictorias, como tampoco lo son el silencio y el deseo de vida, que pueden ocupar el mismo espacio, el mismo cuerpo —tu cuerpo.

Desde este vértice es desde creo que tú, vosotras, y la comunidad con vosotras, disteis con el anuncio de resurrección que pasa de lo implícito en Marcos a lo explícito en los demás evangelistas.

Pues el ir a la tumba vacía, el hacer lamento, el re-membrar —reconstituir — la vida y pasar la memoria de Jesús por el corazón —recordar— ocurrió, ocurre, no solo una vez, en un único momento de duelo y revelación, sino repetidamente, en la fidelidad y la afectividad del recuerdo,
y en el tránsito que une, de forma poliédrica y poética, el dolor y la esperanza, en un camino de ida y vuelta que transforma los paisajes de nuestro siempre abierto devenir.

Mireia Vidal i Quintero

Carta 11

Carta de María de Magdala.

Escrita a las mujeres que hoy caminan como discípulas...

Mis hermanas: Muchas veces me han preguntado en qué fundamento mi autoridad como discípula. Curiosa pregunta, pues nadie me diplomó ni me impusieron las manos delante de todos. Mi autoridad la fundamento en tres momentos de mi vida junto al Maestro. El primero, al pie de la cruz (Mt 27,55-56). Todos corrieron y yo, al lado de la Madre, quedé al pie de la cruz.

No entendía, pero no podía dejarlo aun en medio de los oprobios; seguí ahí custodiando al Amor hecho Hombre. La autoridad no nace con el aplauso, sino en la fidelidad cuando todo duele y sigues de pie, fiel. Hermanas, serán discípulas en el momento en que se queden con los crucificados de hoy.

No lo olviden.

El segundo momento que atesoro fue cuando él me llamó por mi nombre (Jn 20,1-18). Al tercer día de su muerte, fui al sepulcro con perfumes y lágrimas buscando un muerto. De repente, escuché mi nombre: «María». Era él quien me llamaba… En ese instante la muerte se quebró. Lo que experimenté no me lo dio la teología sino el Amor que me reconoce. Mi autoridad no viene de saber más, sino de haber sido mirada y nombrada, de haber sido curada siete veces y no olvidar quién me levantó.

El tercer momento fue cuando él me envió (Jn 20,17): «Ve a mis hermanos y diles: He visto al Señor». Me dio la noticia más grande del mundo y me envió con la misión de contarla, antes que a Pedro y a los demás. Por eso me llaman "apóstol de los apóstoles" porque fui la primera enviada; por lo tanto, mi autoridad se fundamenta en el envío: en que vi, creí y no me quedé callada.

Carta 11

Ahora me preguntan por qué sigue siendo un desafío liderar en las iglesias, por ser mujeres. Hermanas, el desafío no son ustedes sino el miedo, porque nuestra autoridad se vive y nace en la comunidad eclesial, en la cocina, en el hospital, en el aula, acompañando duelos, lavando pies, anunciando resurrección donde solo hay sepulcros.

Esa autoridad no se controla con cargos, por eso incomoda. Sabotearon mi imagen, convirtiéndome en una pecadora para que no hablara. Me pintaron como pasiva para que no corriera y me relegaron en el anuncio de la resurrección de mi Señor, sabiendo que fui la primera enviada, pero el sepulcro sigue vacío y la orden sigue en pie: «Ve y diles».

Así que no pidan permiso para hablar, hablen porque lo han visto, porque lo han llorado, porque el Maestro las sigue llamando por su nombre.

Si te dicen que no es tu lugar, recuerda el huerto. Estaba sola, confundida y aun así me creyeron. Apóyense entre ustedes; sirvan con sus bienes (Lc 8,2-3), como hacíamos nosotras.

Quédense al pie de las cruces y cuando amanezca, corran a anunciar. La autoridad del discípulo no es un trono; es una tumba vacía y una palabra que no te deja descansar: «He visto al Señor»"

María de Magdala

María de la Luz Ortiz Martínez

Texto inspirado en los pasajes del evangelio de Juan y Lucas, en el Prefacio de APOSTOLORUM APOSTOLA y en la teólogas feministas: Elisabeth Schüssler Fiorenza, Sandra Schneiders y Ivone Gebara sobre la autoridad de María Magdalena.

Carta 12

Queridas hermanas y hermanos del siglo XXI

Soy María Magdalena, seguramente han oído hablar de mí. Pero no sé qué tanto me conocen. Les quiero contar lo que viví hace, precisamente, 21 siglos; pienso que les puede servir para lo que a ustedes les toca vivir hoy.

Yo vivía en la ciudad de Magdala, junto al lago de Galilea. Como casi todas las mujeres, estaba con mi familia esperando el día que sería desposada. La perspectiva me daba más temor que ilusión. Había aprendido mucho de mi madre y mis parientas. Las mujeres teníamos la tarea de cuidar, alimentar, limpiar, sanar, ayudar a parir, acompañar a morir, le dábamos mucha importancia al cuerpo de las personas cercanas, sabíamos que ahí se nos revela un sentido profundo de la vida. Me gustaba hacer las tareas de la casa: ir por el agua, hacer el pan, tejer el lino, disfrutaba la huerta, las siembras, los frutales; pero, en especial, los amaneceres y los atardeceres junto al lago.

Sin embargo, todo esto con frecuencia se desvanecía cuando veía otras cosas que sucedían a mi alrededor: por los caminos de la región, muchas personas pobres y enfermas caminaban sin rumbo, algunas caían desvanecidas-¡esos cuerpos parecían no importar! En la plaza y en las calles la gente discutía, incluso peleaba, con frecuencia se abusaba de quienes no podían defenderse.

Pero las personas mayores me obligaban a pasar de largo, me exigían volver pronto a casa y solo ocuparme de las tareas asignadas. También dentro de casa, con frecuencia había malos tratos que no me parecían justificados. Yo sabía que no podía peguntar, mucho menos opinar. Las mujeres siempre teníamos miedo, miedo de ser reprendidas o castigadas, sin entender por qué, miedo de decir lo que sentíamos, miedo incluso de pensar. La sumisión y el silencio impuesto eran como una lápida que opacaba el sentido de mi quehacer y empañaba la luz del amanecer y del atardecer.

Carta 12

En medio de esa confusión algo fue invadiendo mi interior: la insatisfacción y la rebeldía que no podía expresar, se fue acumulando en mi interior. Pronto ya no lo podía controlar. Las personas lo empezaron a notar, me decían que estaba "poseída", que seguro unos demonios se habían apoderado de mí. Esto me dio cierta libertad, los castigos y las advertencias ya no importaban, empecé a salir de casa sin permiso, a vagar por la ciudad, por el campo.

Fue así como un día vi a Jesús, caminaba acompañado de un grupo de personas, todas muy diversas, pero todas con un brillo de paz y de ilusión en sus rostros y en su se manera de estar. Tanto ellas, como Jesús sí se detenían ante las personas enfermas o ante quienes pedían algo, Jesús se inclinaba a escuchar a los niños y a las niñas y tomaba en brazos los pequeños.

Sin pensarlo fui hacia él, busqué su rostro, él me miró. Más bien, me penetró con su mirada. Cuando me tocó, pude sentir como se conmovieron sus entrañas y en ese momento, el peso que yo cargaba empezó a salir de mi espalda, de mi vientre, de mi cráneo. La opresión, el dolor, el enojo enterrado, se disolvían bajo el contacto de su mano, ante su mirada intensa y compasiva. Me quedé inmovilizada. "La ha liberado de sus demonios" escuché que decían. Pero yo no podía pronunciar palabra, yo ya no sabía quién era yo.

Me puse de pie, pero no sabía a dónde ir. Así que eché a andar detrás del grupo que lo seguía. Me acogieron, me dieron de beber. Más tarde, regresé a casa. Intenté explicar lo que había vivido; pero no me comprendían, no parecía importarles. Quise dormir unas horas, pero una luz interior no me dejaba cerrar los ojos. Apenas clareó el alba salí sin hacer ruido.

Carta 12

Encontré al grupo donde lo había dejado. Pregunté a Jesús si les podía seguir. Pensé que no me aceptaría, pues no parecía haber muchas mujeres. Pero me dijo "ven" y supe que había encontrado una nueva familia. No todo fue fácil, las gentes de la ciudad me veían con recelo por estar en compañía de tantos varones, mi familia se indignó y quiso llevarme. Jesús me dijo que a él le había pasado igual. Así empezó una amistad que fue creciendo con su paciencia y mis preguntas.

Me dolió haber dejado a mi familia, pero en este grupo, éramos hermanos y hermanas de una manera distinta: no había miedo ni sumisión. En momentos de debilidad, alguien que me animaba y sostenía, como una madre. Me fui haciendo fuerte. Quizás por eso me dejaron el apodo "Magdalena", porque "migdal" quiere decir fortaleza: "María la fuerte", no sé si en broma, al menos al principio. Me di cuenta de que yo también podía ayudar y cuidar a las y los demás. Mi cuerpo experimentaba algo que no había vivido antes: ya nada me detenía, como si pudiera mirar más alto y más lejos, podía responder sin timidez e intentar hacer cosas nuevas sin preocupación. Luego supe que eso era lo llamaban 'libertad'. Vivía una alegría que no tenía que ver con la comodidad o la seguridad, sino con el poder compartirlo todo: los bienes, las palabras, el apoyo.

Lo que compartíamos de manera muy especial era una certeza y una esperanza: Conocimos la certeza de Yahvé como Dios fiel y cercano, como Padre de misericordia, porque Jesús nos lo hacía presente en sus actitudes: en ese constante acercamiento a quienes más sufrían, en la conmoción que experimentaba ante su soledad y dolor, en el respeto a cada persona y en el cuidado de que nadie viviera exclusión. Esa certeza de que el amor de Dios ya estaba ahí, presente y real, alimentaba nuestra esperanza de que un día, no muy lejano, la justicia y el cuidado reinarían en la vida de todos los pueblos, las personas serían aliviadas y habría pan en todas las mesas. Por eso Jesús decía que el Reino del Padre ya estaba entre nosotros y nosotras, pero que un día su dominio sería pleno.

Carta 12

Sus enseñanzas, su actitud, sus acciones eran para mí "palabras de vida", no se trataba solo de entenderlas, yo las experimentaba, se inscribían en mi cuerpo y a pesar de las largas jornadas y de muchas carencias, la esperanza lo permeaba todo. Pero no era un gozo superficial: en todos los caminos que recorríamos, encontrábamos pobreza y dolor.

Jesús se indignaba de que fuera así. Atendía, curaba, escuchaba todo lo que podía, pero no todo se resolvía. Así me enseñó a mirar de otra manera, viendo la vida desde quienes sufrían el abandono del mundo. Quizás por eso hablaba más en parábolas que en discursos. Junto a él descubrí lo que significaba que la misericordia de Yahvé no abandona y que su Reino de vida buena fuera posible.

Quienes no lo podían ver así fueron los que estaban en el poder, tanto el poder imperial, como el del Templo. Tampoco quienes, de alguna manera se beneficiaban de ellos. Nuestro movimiento les representaba una amenaza.

Un día Jesús nos pidió que le acompañáramos a Jerusalén. Presenciamos su enfrentamiento con las autoridades. Le vi sufrir, incluso temer, pero no titubear. Lo aprehendieron. La mayoría del grupo se dispersó. Al final sólo quedamos cerca de él algunas mujeres.

Fue aterrador, pero no queríamos dejarlo solo. Era el momento de echar mano de todo lo que nos había enseñado y resistimos, su fortaleza fue nuestra fortaleza. Con espanto vimos cómo le torturaron y le clavaron en una cruz. Le vimos morir acompañado solo de nuestra mirada de dolor y de desconcierto. Era muy tarde, pero esperamos a que lo descendieran y cautelosamente seguimos a quienes le iban a enterrar para ubicar el lugar. Con el corazón desgarrado, regresamos a casa vencidas por la impotencia. Hicimos lo que sabíamos hacer las mujeres ante la muerte de una persona tan querida: Llorar y lamentar. Lamentar, llorar.

Carta 12

Al amanecer fuimos al sepulcro. No puedo recordar cuánto tiempo estuvimos allí. Tampoco sé si fuimos varias veces o si alguna vez fui sola. Lo que sí recuerdo es que di rienda suelta a todo mi duelo: no dejaba de llorar, de preguntarle qué sentido tenía lo que habíamos vivido; qué iba a ser de nosotras y nosotros, de nuestro proyecto de anunciar el Reino; dónde encontrar ahora la presencia liberadora y salvadora del Padre que él nos había anunciado.

Solo quería ir al fondo de mi dolor y habitar ahí mis memorias. Me venían imágenes de todo lo vivido: los recuerdos de las tardes junto al lago hablando con las multitudes, las comidas, la alegría de compartir, la felicidad de sanar, de acompañar se mezclaba con las escenas del prendimiento, de los golpes, de la cruz, del entierro. Me negaba a aceptar que todo había terminado. ¡No podía haber sido mentira!

Y de tanto, tanto recorrer una y otra vez cada recuerdo, en la sucesión de imágenes, Jesús se me presentó de otra manera: ¡las memorias lo habían re-membrado! Sentí que todo se iluminaba, que, de nuevo, como el día en que me liberó, una gran fuerza entraba en mí. Supe, en mi cuerpo, con la misma certeza de todo lo vivido, que ya no había razón para el duelo, que Jesús no estaba en el sepulcro, que no se había ido al Sheol, que estaba con su Padre, nuestro padre. Supe también que la injusticia y la muerte no tendrían la última palabra; que Jesús nos esperaba de nuevo en los caminos, junto a las y los pobres y nos acompañaría enviándonos su Espíritu para seguir todo lo aprendido y para aprender aún más.

Carta 12

Tuve muy claro que esa certeza que surgía de mi interior era un saber recibido, que yo no tenía mérito alguno, ni podía poseerlo. Por eso corrí a buscar a mis hermanos, a contarles lo que había vivido. Mi gran, gran deseo era que pudieran experimentar lo que yo había experimentado. Cuando vi la esperanza brillar de nuevo en sus rostros, cuando me pidieron que volviera a narrar, como pudiera, lo sucedido, supe, en la alegría de esa fe compartida, que allí estaba la Verdad.

Esa remembranza de Jesús, Jesús resucitado, fue el origen de mi encargo: la misión de anunciarlo.

María de Magdala

Lucila Servitje Montull

Cf. Carmen Bernabé Ubieta, "Espiritualidad en María de Magdala" Casa cultural tejiendo sororidades. https://www.youtube.com/watch?v=n5OUa02xE8s

Cartas personales
y colectiva
Cartas a María Magdalena
CÁTEDRA DE
TEOLOGÍA
FEMINISTA

Carta 1

María Magdalena

Soy Martha Eugenia, seguidora del Rabboni al igual que tú. Te escribo XXI siglos después de tu tiempo. Espero ser una de muchos que lo hacen y esto porque has servido de paradigma e interpelado tanto a Mujeres como a varones a través del tiempo, pero en especial en estos años recientes a Mujeres que desde la Teología nos esforzamos por encontrar la forma de ver y compartir la Palabra desde la apreciación femenina.

Sé que es un lapso considerable históricamente el que nos separa, pero te pido confíes en lo que te escribo. La situación de la Mujer, hoy en día en muchos aspectos es similar a la de tu tiempo.

Te comparto, todavía muchos tienen la creencia de que la Mujer es una histérica por naturaleza y por lo tanto poco confiable en sus haceres y decires. Otra situación que permea, es que no tienen la capacidad de poder trabajar en equipo, porque constantemente sus sentimientos de envidia, competencia y crítica destructiva imperan sobre la necesidad de hacerlo de manera sorora. Hoy en día es común, aunque no lo suficiente de manera consciente, el conocimiento del Patriarcado, del machismo y de la misoginia que se ejerce en cualquier ámbito desde los varones y aún desde algunas mujeres. En especial en las zonas rurales.

Aunque algo a favor es el uso de las redes sociales que pueden llevar mensajes reguladores para evidenciar a aquéllos. No obstante, se tiene a desfavor que estas mismas redes trasmiten una serie de mensajes directos y subliminales desvirtuando a la Mujer.

Carta 1

En resumen, es una balanza que es difícil de equilibrar.

Cuando he leído o estudiado o interpelado a otros ya sea en escritos que hablan de ti o en lugares donde nos reunimos los que motivados por tu actuar, estudiamos y llevamos a la práctica quehaceres para no sólo ser discípulos del Maestro, sino conociéndote, emularte y fortalecernos en tus haceres para desde nuestras circunstancias particulares ser testimonios claros de la Buena Nueva, me he encontrado conque al igual que tú, he tenido que luchar contra corriente.

Para ello creo fielmente que sólo lo he podido realizar de forma similar a la tuya, cuando estando en el desierto de mi vida, casi a punto de desfallecer, Jesús me levantó amorosamente y sin juzgarme me dio el mensaje de la Imma-Abba que hasta ese momento pude sentir y al través de los años posteriores corroborar de muchas formas: "Con amor eterno te he amado" Jer 3,31.

Por lo que ya con esa certeza de mi relación concreta con la Tríada celestial, entonces al saber de ti, es como he podido sentir tu lucha y percatarme de tus infinitas tribulaciones sociales, culturales, físicas y emocionales que viviste y que sostenida por la Ruah divina pudiste sortear para superarlas y compartir el mensaje de esperanza con el que el Rabbi te había instruido.

Eres una mujer fuerte, inteligente, perseverante, observadora pero todo eso permeado con el amor tan fuerte que generaste a partir de tu relación con Jesús. A muchos les cuesta entender y sentir; sentir y entender que se puede amar a alguien con profundidad sin que exista una atracción física que impere sobre la relación.

Creo entenderte y alcanzar a sentirte, aunque yo tengo el sentido inverso de la situación, me es más sencillo entender al Maestro que sentirlo, pero cuando al través de la fe, la esperanza y el amor lo hago, te puedo decir que es fortalecedor, y satisfactorio el vivirlo de forma plena.

Carta 1

Sabe que me es muy laborioso, hay tantos distractores. Ya que mi imaginación me lleva por senderos que me alejan de la Buena Nueva, entonces esforzándome vuelvo mi ser nuevamente al Evangelio, recapitulo y me reinicio en el Camino. No me ha sido nada fácil, primero luchar contra mí misma, siendo yo mi mayor contrincante, y luego no dejándome confundir con la infinidad de situaciones que como Mujer me son criticadas.

Mi resiliencia ha sido puesta a prueba infinidad de veces, donde el faro que me alumbra en la oscuridad que muchas veces me rodea es la Palabra del Rabboni, haciendo el ejercicio de recordarla, interpretarla y compartirla una y otra vez, las veces necesarias, desde un análisis feminista. Aún a costa de críticas, sanciones y desacreditaciones. En muchas ocasiones es extenuante, pero de otras tantas la Ruah divina a través de las personas o de los hechos cotidianos, me impulsan a proseguir. Eso no sabes cómo lo agradezco.

Así que esta carta es para poder compartirte lo que se vive en ambientes clericales, sociales, económicos y comunitarios. También decirte que esforzándome en "ponerme en tus zapatos" me imagino el esfuerzo titánico que viviste y de tu constancia por ser una apóstola. Gracias por ello, agradecida por tu ejemplo de perseverancia y muestra de amor por tu Rabbuni.

Martha Eugenia

Mujer Mariposa.

Carta 2

Amada María Magdalena:

No te escribo como quien contempla una bella imagen lejana a nosotros sino como quien encuentra en ti una compañera, amiga y hermana en este camino de la vida, como alguien que ve en ti el ejemplo de amor más profundo al divino maestro.

Sé muy bien que viviste en un tiempo en el que hacer valer tu voz era un poco complicado, sé muy bien que antes de tu encuentro con el amado no eras muy bien vista por la sociedad en la que vivías y que por estar enferma pensaban que tenías 7 demonios y aún así el amado te demostró un amor inconmensurable y verdaderamente inigualable y que el amor que le tuviste a él era un amor que no se comparaba con nada ni con nadie y ese mismo amor hizo que el mesías te hiciera digna, pues no lo abandonaste ni siquiera en el momento de la Cruz y te premio al poder verle vivo, y aunque muchos no creyeron al principio tu anuncio, él volvió a hacer valer tu voz, demostrando que lo que les decía era verdad al aparecerse después a los demás apóstoles pues ellos no entendían lo que tú y no sabían lo que tú, tal vez nisiquiera entendían que ahora vivirías de otra manera, donde 2 o 3 se reunieran en su nombre, en la creación y aún más importante en ellos mismos.

Y aunque durante siglos, buscaron denigrar y rechazar tu presencia y tu nombre, hasta sobajarte al título de prostituta, hoy queremos reivindicar tu imagen y hacer valer tu voz como la apóstola de los apóstoles como Hipólito te menciono.

Maria, tú escuchaste la voz del amado que pronunciaba tu nombre y recibiste una misión en particular "anunciar la vida donde reinaba la muerte" , María Cómo podemos ahora nosotros reconocer la voz de ese Dios vivo en medio de tanto dolor y ruido que vive en nuestro planeta?

Carta 2

Y sin duda, alguna en nuestro propio país, mi amado México, donde también te haces presente, vivimos una realidad tan difícil y dura ante tanta violencia, narcotráfico, pobreza y dolor. Cada día más mujeres son separadas de sus hijos en la frontera con los Estados Unidos y en nuestro propio territorio cada día desaparecen más y más mujeres y algunas son encontradas sin vida.
Los Feminicidios verdaderamente se han salido de control y la violencia contra la mujer se ha hecho presente hasta nuestros propios hogares, eso sin contar lo triste que es ver a todas las madres buscadoras, que no pierden la esperanza de encontrarse con aquellos a quienes aman, así como cuando tú saliste a buscar al señor, y no perdías la esperanza de encontrarte con el amado de tu alma Maria, qué piensas acerca de esto?

Cómo hiciste para ser escuchada en un mundo, donde pareciera que los únicos que tenían el poder de hablar eran los hombres? Maria, tú sabes perfectamente que te amo como un hombre, puede amar a una mujer desde los sentimientos más puros y nobles que buscan seguir tus pasos para crear revolución y hacer un mundo mejor desde el amor, la justicia, la fraternidad y La Paz, tú eres la musa y la inspiración de muchos de nosotros, de quienes buscamos un lugar en medio de las estructuras establecidas en medio de reglas que no creo que vayan acorde al amor que el evangelio nos anuncia Eres la revolución de tantas mujeres que hoy quieren hacer valer su voz ante las injusticias del patriarcado, eres la esperanza de las mujeres del mundo que están sufriendo, de las madres buscadoras, que luchan por encontrar a sus hijos, en medio de la oscuridad.
Eres Maria, el ejemplo de las mujeres que marchan cada 8 de marzo para hacer valer sus derechos y decisiones Eres Maria, la inspiración de todas aquellas que no quieren regirse por las reglas impuestas por los hombres y desean vivir en paz con aquellos que aman.

Carta 2

Eres, la Esperanza de que cada día podemos ser mejores, y que lo único que necesitamos es amar sin medida a quien dio la vida por amor, Qué tu nombre Maria no se quede como la imagen que se queda encerrada en las iglesias que se venera como la mujer que llora sus penas y se lamenta por sus pecados, qué tu nombre verdaderamente nos interpele a crear una iglesia donde quepamos todas y todos y que tu nombre no solamente nos inspire a crear pinturas e imágenes bellas, sino que nos inspire hacer revolución como tú lo hiciste y hacer valer nuestras voces y nuestros nombres.

Eres María la perla más hermosa del mar de Galilea, y eres tú la Apostola de los Apóstoles.

Con todo mi amor...

Juan Peña López

Carta colectiva

Querida María Magdalena:

Hoy queremos escribirte con muchas voces, pero desde un mismo corazón. Algunas te llamamos discípula, otras apóstola, hermana, amiga, guía o mujer valiente. Aunque han pasado casi dos mil años desde que pronunciaste: «He visto al Señor», tu testimonio continúa iluminando a quienes intentamos reconocer la vida cuando todo parece perdido.

Te admiramos porque permaneciste junto a Jesús cuando el miedo, la violencia y el dolor hicieron huir a otros. Estuviste al pie de la cruz, acompañaste su muerte y caminaste hacia el sepulcro cuando todavía era de noche. No abandonaste. Tu amor fue más fuerte que el temor y tu fidelidad te permitió convertirte en la primera testigo y anunciadora de la Resurrección.

Nos preguntamos qué viste en Jesús para seguirlo de esa manera. ¿Qué había en su mirada, en sus palabras y en su forma de relacionarse contigo que transformó tu existencia? En una sociedad donde las mujeres tenían poca voz y eran consideradas menos dignas de confianza, él te reconoció, te llamó por tu nombre y te confió la noticia más grande: la muerte no tenía la última palabra.

Por eso tú nos representas. Representas a las mujeres que han sostenido la fe, las comunidades y la vida, aunque muchas veces sus aportaciones hayan sido ignoradas. Representas a quienes son cuestionadas cuando hablan, desacreditadas cuando enseñan y silenciadas cuando reclaman caminar en igualdad.

Carta colectiva

Todavía vivimos en medio de estructuras patriarcales, del machismo y de la misoginia. Todavía se piensa que las mujeres somos demasiado emocionales, poco confiables o incapaces de trabajar juntas. A veces estas ideas son repetidas por los hombres y también por mujeres educadas dentro del mismo orden. En las comunidades rurales y en muchos otros espacios, la desigualdad continúa atravesando nuestros cuerpos, nuestras relaciones y nuestra participación en la Iglesia.

Las redes sociales nos permiten denunciar algunas de estas violencias y compartir mensajes que despiertan conciencias; pero también difunden contenidos que desvalorizan, sexualizan y distorsionan la imagen de las mujeres. Vivimos en una balanza difícil de equilibrar.

Tu propia historia también fue distorsionada. Durante siglos se te relacionó con pecados que los Evangelios no te atribuyen, como si fuera más sencillo recordar a una mujer arrepentida que reconocer a una discípula con autoridad. Sin embargo, poco a poco recuperamos tu verdadera memoria: fuiste una mujer cercana a Jesús, testigo de su sacrificio, discípula fiel y apóstola enviada a anunciar la Pascua.

Gracias por abrir camino. Gracias por recordarnos que la dignidad no depende de la aprobación de quienes administran el poder. Gracias por mostrarnos que el liderazgo cristiano nace del encuentro con Cristo, de la perseverancia en el servicio y de la valentía para anunciar la Buena Noticia, incluso cuando las circunstancias parecen adversas.

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA FEMINISTA

También queremos imaginarte como nuestra amiga. Pensamos que, de haber vivido en tu tiempo, habríamos compartido contigo el amor por Jesús, las preguntas, el miedo y la esperanza. Tal vez nos habrías enseñado que ser discípulas y ser apóstolas son movimientos que se alimentan mutuamente: escuchar, aprender y permanecer; pero también salir, anunciar y transformar.

Hoy necesitamos esa circularidad. Necesitamos mujeres capaces de acompañarse con sororidad, superar la competencia que el patriarcado nos enseñó y reconocer nuestras capacidades como dones para el servicio común. También necesitamos hombres dispuestos a reeducarse en el respeto, la comunicación y la igualdad, reconociendo que la obra de Dios no puede construirse excluyendo a la mitad de la humanidad.

María, una de las preguntas que más nos duele es esta:

¿Por dónde debemos seguir caminando en una Iglesia que todavía no quiere que caminemos como iguales?

Quizá nos responderías que debemos continuar como lo hemos hecho: permaneciendo, organizándonos, estudiando, anunciando, cuidando y luchando cada día para hacer realidad la Palabra. Tal vez nos recordarías que la esperanza no es ingenuidad ni una respuesta fácil. Es una fuerza que permite creer y actuar aun cuando la lógica humana afirma que nada puede cambiar.

Ayúdanos a no quedarnos paralizadas frente a los retos que parecen insuperables. Enséñanos a escuchar la Ruah divina cuando el miedo, el cansancio y la incertidumbre quieran adormecernos. Recuérdanos que la transformación se parece al proceso de una mariposa: exige tiempo, oscuridad, paciencia y valentía para dejar atrás las formas que ya no permiten vivir.

También queremos preguntarte cómo encontraste la fuerza para seguir creyendo cuando todo parecía perdido. ¿Qué sentiste cuando escuchaste tu nombre pronunciado por Jesús resucitado? ¿Cómo podemos volver a escuchar esa voz en un mundo lleno de ruido, prisas, violencia y desconfianza? ¿Cómo conservar la esperanza cuando la cruz parece tener la última palabra?

Tu vida nos responde de alguna manera: permaneciendo cerca, recordando las enseñanzas del Maestro, acompañándonos unas a otras y saliendo al encuentro. La esperanza nació mientras caminabas hacia una tumba. Surgió en medio del llanto, no después de haberlo olvidado. Por eso entendemos que el dolor no siempre desaparece para que pueda comenzar una vida nueva; a veces el dolor y la esperanza habitan juntos y transforman el mismo corazón.

María de Magdala, inspira a las mujeres de hoy para que no permitamos que sigan avasallándonos. Acompaña a nuestras hijas y a las generaciones futuras para que puedan ocupar plenamente el lugar que Cristo reconoció en ti. Que ninguna vuelva a ser reducida a una versión distorsionada de su historia y que todas puedan descubrir que su voz, su inteligencia, su espiritualidad y su experiencia son necesarias.

Que tu testimonio nos ayude a reconocer a Cristo vivo en medio de un México y de un mundo convulsionados. Que aprendamos a anunciar el Evangelio con la misma pasión, esperanza y amor con que tú respondiste al llamado del Señor.

Gracias, María Magdalena, por enseñarnos que nunca debemos abandonar; que debemos salir al encuentro y llevar la Buena Nueva. Gracias por permanecer cuando era más fácil irse y por mostrarnos que, después del dolor y del silencio, todavía es posible pronunciar:

«He visto al Señor».

Con cariño, gratitud y esperanza,

Tus hermanxs de camino.

Participantes: Martha Eugenia "Mujer Mariposa", Sor J. Elizabeth Hernández Rodríguez, Ailin Katherine Palmera Amaya, Ximena Esquivel, María Álvarez Icaza y voces de mujeres que participaron de forma anónimas de la carta colectiva.

20 MAGDALA - AÑO 70 d.C. 20

PALESTINA
CORREOS

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA FEMINISTA